

MIEL

Tudor Ganea

(Fragmento)

Antes de la salida del pueblo, se habían juntado unos veinte jóvenes y unos cuantos hombres. En cabeza, abría la marcha Iorgu, que había cogido una cesta y se había alejado. El asfalto polvoriento estaba lleno de boñigas. Los excrementos de animales sobresalían en la carretera como toperas. Desequilibrado, Radu pisó una boñiga. Sintió la cálida pasta salir entre los dedos de sus pies. Unos cuantos jóvenes de la parte de delante lo vieron y se rieron. Onu no esbozó ni un breve asomo de mueca. Tiró levemente de la cadena. Radu apretó el paso y pisó otra más. Al pasar por delante de la casa parroquial, el cura —que también había salido a la calle— entró en el jardín y cerró el portón tras de sí.

—¡Padre! —gritó Onu desde el camino.— ¡Tráiganos agua bendita, padre!
¡Echémosela al diablo este! ¡Que no dé tanta pena este pobre diablo!

Después continuó en susurros, como para sí mismo:

—¡No te pases de listo!

A dos casas de distancia, el grupo se paró delante de la finca de Stelu, que había subido el Logan al gato y estaba desmontando las ruedas en medio del jardín.

—¡Stel! —gritó Onu desde el puentecillo— ¡Ven p'acá!

Stelu se acercó a la valla. Tenía en la mano un destornillador grasiento. Se

paró detrás del portón de hierro forjado:

—¿Otra vez os lo lleváis? —dijo él, señalando con la cabeza hacia la salida del pueblo.

—¡Pues claro! ¿Qué otra cosa podemos hacer con él? Por lo menos divertirnos —dijo Onu, sonriendo.

El labio leporino le terminaba en punta y un hilillo de saliva se levantó y después se pegó de nuevo a la encía de arriba.

Stelu miró por encima de la valla a Radu. Sus ojos se encontraron.

—¿Ya le has vuelto a cascar?

—Se ha caído solo, el muy imbécil.

—¡No seas tan duro con él, Onu! ¿Le has dado miel hoy?

—Sí.

—¿Como siempre?

—Como siempre, a la fuerza. No hay manera, si no. Dime, ¿lo vuelves a intentar, cuando lo traigamos? Nos damos un baño y lo traemos de vuelta —dijo Onu, y se enrolló la cadena alrededor de la mano—. Y una cosa más... casi no queda miel. Se ha acabado. ¡Adiós! Lo que he podido rescatar del motocultor.

—¡Ajá! Espera que saque las ruedas estas —dijo Stelu, señalando con la mirada el destornillador sucio.

—Hombre, ¡ya has entrado en razón! Todos las hemos desmontado. Hazte un carro.

—¿Qué coño puedo hacer? Sin gasolina, antes de que se me oxide en el patio... Oye, tú. ¿El Țâncu dónde tiene el caballo ese? —le preguntó Stelu.

—A las afueras del pueblo, hacia casa de Vlăsceanu. Los de por allí solo tienen yeguas. Y tú, ¿también yegua?

—Yegua, sí.

—¿Quieres que hable con él?

—Díselo tú, ya que vas para allá. Igual hasta lo ves. ¡Venga, me voy! ¡Mételo en el agua a él también! Déjale lavarse. No seas tan duro con él, ¿vale?

—¡Bien, Stelu! ¡Que vaya bien! ¡Venga, vámonos! —gritó Onu y el grupo se puso de nuevo en marcha.

Stelu se quedó un rato más detrás de la valla. Miraba hacia Radu, que se volvía de vez en cuando y lo buscaba con los ojos. El sol había subido muy por encima del pueblo. El asfalto se había calentado y quemaba como el fuego. Los jóvenes tenían chorretones de sudor, así que se quitaron las camisetas. Por culpa del calor, los perros de la vega ladraban a Iorgu desde abajo, sin levantarse siquiera. La cuneta al margen de la carretera estaba llena de ciruelas caídas de los árboles que estaban delante de las vallas. Los viejos que habían salido a la calle estaban sentados en los precarios bancos y miraban en silencio a los del camino. Respondían al saludo con una leve inclinación de cabeza. Casi todos estaban descalzos, con las plantas de los pies escondidas en la alta hierba. Junto a ellos, fuera de los jardines, las gallinas picoteaban las ciruelas aplastadas. El calor había recalentado todo

el pueblo. Una ráfaga de viento movía los altos chopos del patio de la iglesia y sus troncos secos emitían largos crujidos. Antes de la última casa del pueblo, Onu se paró delante de una puerta y gritó:

—Țâncu, ¿estás en casa?

—¡Estoy, estoy! —se oyó una voz tranquila.

En el portón apareció un viejecillo bajito, con las cejas blancas y curvadas hacia arriba. Tenía las mangas remangadas. Salió del jardín y se acercó, cojeando, al grupo. Miró a Radu con los ojos entornados, como si el prisionero estuviera a kilómetros de distancia, y dijo:

—¿Os lo lleváis al charco?

—Sí, vamos a darnos un baño. Oye, dime, que me preguntaba ahora mismo Stelu, ¿dónde tienes el caballo?

—En el establo, Onu. ¿Qué, lo quiere de semental?

—Pues sí. Tiene una yegua.

—Se lo dejo, Onu, pero en dos o tres días. ¡Está muerto, el pobre! Ya ha montado a todas las yeguas de la vega. Todo el mundo me lo pide. ¡Pobre Gelu!

—Deja, hombre, ¿te crees que no le va mejor ahora que antes, con lo que le hacías trabajar? —dijo Onu, y los jóvenes se echaron a reír.— El caballo ese es el más feliz de Mireni, ¡te lo digo yo! No como nosotros...

Se saludaron y Onu dio un tirón a la cadena. Cuando Radu pasó por delante de él, Țâncu le escupió justo en los ojos. El escupitajo se le escurrió por la

cara. Cuando le llegó delante de la nariz, Radu olió el tufo agrio, como de yogur. No miró al viejo. Siguió andando como un perro atado a un carro, con los ojos fijos en la carretera llena de excrementos. Toda la escena había tenido lugar en un extraordinario silencio. El viejo se había quedado al borde del camino, pestañeando mucho y levantando los hilos de sus juguetonas cejas.

Delante del cartel de “Mireni — Bienvenidos / Buen viaje” la carretera se cortaba bruscamente. Después se abría un campo que ahogaba su extensión en una línea de chopos en la lejanía. En algún punto a la derecha se veía una parcela con maíz plantado. Se dirigieron hacia allí. Un polvo fino y ahogador se levantaba a su paso, se les pegaba a la piel y se deshacía después en chorretones sucios. Al meterse entre el maíz, los jóvenes empezaron a alborotarse. Sonreían. Estaban impacientes. A su alrededor, olía a sudor.

—Ya queda poco —los calmaba Onu—, ya llegamos. Mirad, el camino.

En el momento en el que los pies de Radu tocaron la capa de asfalto hasta entonces escondida en el campo de maíz, en alguna parte, a la izquierda, a unos cientos de metros, aparecieron las siluetas de unos edificios. Onu tiró de la correa y Radu se vio obligado a ir por la pista que terminaba, a lo lejos, en unos tetrápodos.

—¡Onu, hazle eso! ¡No me seas maricón, hazle ir para atrás! —se oyó el ruego entusiasta de uno de ellos.

—Sí, sí —le alentaban los demás.

Onu sonrió, pasó junto a Radu, lo esquivó y tiró de la cadena. El prisionero forcejeó y se vio fuera del asfalto. Había vuelto al campo de maíz. Antes de volver a la pista, Onu lo paseaba como a un ternero, alejándolo de la alfombra de asfalto y arrastrándolo entre las afiladas hojas. Al tocarlos, los tallos secos le irritaban la piel sudada. Al alejarse Radu, las siluetas de los bloques se difuminaban y desaparecían. Del grupo que se había quedado en la pista se oían alaridos y silbidos. Onu mandó parar a Radu, dio vueltas a su alrededor —describiendo un amplio arco con el radio de la longitud de la cadena— y volvió a la pista. Cuando Radu pisó de nuevo el asfalto recalentado por el sol, los edificios reaparecieron. Al principio levemente, los contornos de las seis villas se dibujaban fantasmáticos a lo lejos, como si fueran un espejismo, y su materialidad se completaba según avanzaban a lo largo de la pista. Careciendo de otros detalles en la primera fase —como la falta de carnosidad de una radiografía— las pequeñas villas se habían construido de ellas mismas y se habían fijado definitivamente a la izquierda de la pista. Al ritmo de sus pasos, aparecieron otros edificios anejos: unos cuantos hangares de aviones y las barreras de las unidades militares. Cada uno de sus pasos tenía como efecto la aparición de un edificio más, que se materializaba progresivamente, al principio como humo, como un contorno a plumilla dibujado en el aire del campo, las ventanas eran las primeras en aparecer —con los marcos suspendidos en el aire—, tras lo que surgían los

muros, las vigas, las paredes, la pintura y los demás elementos constructivos, en un crescendo galopante que situaba en el centro del campo el entramado de la unidad militar.

Los edificios se desvelaban uno detrás del otro, al ritmo de los pasos del prisionero, apareciendo como fantasmas en el medio de los cardos, como si la unidad entera estuviera abandonada desde siempre en el campo desierto. Uno de los jóvenes se separó del grupo y salió corriendo hacia un edificio de hormigón que parecía que hubiera crecido de la tierra al borde de la pista. Se abalanzó por la puerta metálica, entró y apareció delante de la ventana con un casco de piloto puesto en la cabeza. Otro salió corriendo hacia un hangar en pleno desarrollo —cuya estructura metálica había tomado forma y construía sus vigas con rejas que unían su curvatura como si fueran un esqueleto de pez gigante— abrió una puerta en la que ponía “Prohibido el paso” y salió con un kalashnikov en las manos, con el que empezó a disparar hacia arriba, perforando la chapa metálica del techo. El joven reía alelado mientras las balas abrían en la chapa pequeños orificios por los que el sol enviaba sus rayos, que se reflejaban en sus ojos poseídos. Los demás se reían y le aplaudían, como en un espectáculo. Al borde de la pista aparecían, uno junto a otro, los MiG 21. Arrastrado de la cadena entre los aviones de caza, Radu sentía el calor reflejado en las alas ardientes que alguno de los lugareños habían tomado por asalto. Un fornido joven se quitó la camiseta, se subió al ala de un MiG y rompió con una palanca el vidrio de

la cúpula. Se instaló en el asiento eyectable de la cabina y empezó a toquetear frenéticamente llaves y botones. Al ver que no sucedía nada, pegaba puñetazos y partía las pantallas del equipo de a bordo o tiraba de la palanca para romperla. Otro había cogido hollín de las palas de un motor y ahora estaba persiguiendo a Onu, queriendo mancharle de negro la cara. En su juego infantil, Radu tenía que correr detrás de Onu, pues si no corría el riesgo de ahorcarse. Por detrás se oyó una explosión. Todos se volvieron. Iorgu había sacado de una caja de madera unas cuantas granadas. Con una mano quitaba el seguro y con la otra cogía impulso y las tiraba en el edificio de la torre de radiolocalización. Volvía periódicamente al medio de la pista, donde estaba la caja, cogía una granada, se impulsaba en el asfalto, quitaba el seguro y lo lanzaba desde la velocidad del monopatín. A la tercera granada, la torre se cayó y sumergió a los aviones de alrededor en una niebla gruesa. La risa de Iorgu se contagió a los demás. Hasta Onu arrastró a Radu a un cuartel donde, tras derrumbar con el pie un armario de chapa, abrió la puerta y sacó de dentro unas cuantas pistolas Carpati, que se iba poniendo en el cinturón.

Tras unos minutos andando llegaron al final de la pista. Tras ellos quedaron aviones con cúpulas partidas, edificios incendiados y fuselajes agujereados por las balas. Todos tenían en las manos una metralleta con la que disparaban al aire. Las ráfagas resonaban en el silencio del campo como cañonazo. Los estorninos y faisanes brotaban asustados de los matorrales

que estaban detrás de los aviones. En la pista, los cartuchos vacíos brillaban por todas partes y la piel de los jóvenes olía a pólvora.

Sudados y con los hombros llenos de moratones causados por los culetazos de las armas, los miembros del pequeño pelotón treparon por los tetrápodos del final de la pista. El dique semicircular se abría a una distancia de unos cuantos cientos de metros y abarcaba en su concavidad una tierra sin cultivar y llena de cardos. La sequedad partía de la base del dique y se extendía hacia el horizonte. Del campo solo se oía el ruido electrizante de las cigarras que presagiaba la canícula. Dos chicos con bayonetas a la cintura levantaron a Iorgu por los brazos y lo dejaron en el borde de un tetrápodo, junto a los demás. El monopatín se quedó junto a los pies de Radu, al que Onu llamó mediante un pequeño tirón de la cadena, solo después de que todo el mundo encontrara un lugar cómodo en los brazos troncónicos de las piedras.

—Te subes despacio, ¿vale? ¡Pero muy despacio, no como la última vez! —le ordenó Onu desde arriba.

Radu se conformó. Cuando puso un pie en la roca calcárea, el viento comenzó a soplar suavemente. Al poner el segundo, la fresca brisa le enjugó el sudor de la frente. Aspiró con fuerza el aire salado. Un escalofrío le recorrió la columna vertebral. Se le asomaron las lágrimas. Escalaba los tetrápodos con la cadena golpeando las barrigas de hormigón. Agarró con su palma la punta de una protuberancia y se impulsó hacia arriba. Oyó las

gaviotas, cuyos chillidos resonaban ahora en el campo. El aire se volvía cada vez más frío y, hasta que llegó junto a Onu —que miraba hechizado al horizonte—, hizo caso y escuchó el agua que gorgoteaba en la base del dique. La brisa trajo olor a conchas podridas. Cuando se sentó en el tetrápodo que estaba enfrente de Onu, Radu vio él también el espectáculo al que los lugareños miraban tranquilamente, con las bocas abiertas, petrificados como estatuas que parecían haber sido esculpidas directamente en los bloques de cemento: en el lugar del campo que antes extendía su sequedad hasta la línea del horizonte, había aparecido ahora el mar.

El sol reflejaba su brillo en el medio de las pequeñas olas parpadeantes que envolvían el dique con sombras espectrales. Las luces resbalaban por los brazos de hormigón, se subían por la piel sudada de los hombres y les entraban en los ojos, cegándolos por unos segundos. Los lugareños giraban los cuellos quemados por el sol, escrutando la extensión de agua salada que brillaba por todas partes, como si el mar hubiera escondido en sus aguas azules millones de flashes cegadores. Bandadas de gaviotas chillaban sobre el dique y el aire tomó un tono turquesa.

Traducido por Elena Borrás García